

1007

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de ...  
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

## EL MITO DEL HOMBRE

DR. ISMAEL DIEGO PÉREZ

UN HOMBRE PUEDE SER tres hombres distintos o tal vez más. Tres hombres hemos entendido, al menos para el objeto explicativo: son Pedro, Juan y Antonio. A los ojos de Dios no tienen más atributos ni distinciones. Son tres vidas con sus destinos y la suma o balance de sus acciones son juzgadas en la eternidad. Probablemente son tres cuerpos distintos, pero el alma es la misma, que ha vivido en la doctrina platónica, tres encarnaciones o es un alma con tres vidas.

Pedro fue obispo, Juan investigador de la ciencia y Antonio fue labrador.

El obispo puede ser de cualquier religión, bien cristiano, hebreo, budista o mahometano. En los tres casos fue hombre. La mujer existe en los tres como el doble mágico de la existencia o como la luz y la contraluz en los cuerpos.

El obispo de la religión es considerado como símbolo, en lo que tiene de común esta actividad para los hombres. En el obispo podía establecerse un código de moral sencillo, en que la ley de Dios se cumple, de tal suerte que el cristiano sea budista sin saberlo, el budista sea cristiano, también sin saberlo, y así en todas las religiones. La ley de Dios es universal, aunque de ella no tengamos conocimiento.

Dijimos que la mujer existió en los tres como acción indispensable en sus vidas, bien como madre, como esposa, como hermana o amante. O bien vivió en toda la plenitud el amor de los sexos, o bien constituyó un motivo central de preocupación, apartando a la mujer de sí mismos, por misticismo religioso.

Pedro buscaba la verdad en la fe, Juan en la razón y Antonio en la fecundidad de la tierra, en la proliferación de las siembras y de las cosechas. Los tres eran naturalezas creadoras. Sus vidas eran siempre más vida. La fe llenaba de plenitud el alma de Pedro, la razón daba la expresión completa al alma de Juan y la abundancia telúrica justificaba el ser de Antonio.

Ninguna vida se justifica si no llega a ser más vida. Un dibujo bien trazado, un pensamiento bien elaborado, un poema sentido, la risa inocente de un niño, la emoción creadora de los amantes, el hallazgo de la ciencia, la cocina sabiamente concebida, el alimento sano y sabroso y el gesto amable de los colocutores, el color y perfume de las flores, la plenitud del vivir gozoso; en suma: todo es vida, más vida.

Pedro, Juan y Antonio expresaban en sus destinos la plenitud de sus vidas.

Nuestros tres personajes no pertenecían a ningún país en la tierra, puesto que podían ser de cualquier nación o lugar de nacimiento. Sus atributos, virtudes y pecados pertenecían a los seres humanos. Los nacionalismos, como actitud discriminatoria, no tienen razón de ser. El nacionalismo racista o religioso originó las guerras. El gran adelanto de la técnica destructiva impide a los hombres, aunque parezca paradójica de crear para no usar, el poder destruirse.

El que mucho ama o el que mucho sufre, no puede valorar su sentimiento y termina por desconocerse.

La ciencia no es privativa de un hombre o nación; es el fruto del diálogo y no del monólogo. La verdad que un hombre descubre tiene antecedentes en otros hombres, que encontraron otros caminos, para llevarlo al fruto glorioso del descubridor afortunado. La verdad del hombre es una coordenada que recorre el camino, o las huellas de los otros hombres, hasta encontrarse en comunión. El que nunca llega a ser en los demás, nunca llega a ser en sí mismo.

Esta parábola budista nos explica lo que decimos. Se decía en elogio de Buda que su fama se extendió por todas partes, como los inmensos tañidos de una gran campana, suspendida del pabellón de los cielos.

Pedro ofrece su vida a los otros en una catedral, Juan en el silencio de un laboratorio y Antonio en un campo florido. Y en los tres hay fe y esperanza. El hombre sin fe y sin esperanza es la negación del hombre. La rebeldía sin causa es lo mismo que querer conocer, sin tener conocimiento de la ciencia que aspiramos a conocer o amor al vacío o a la nada. O tener odio sin saber a qué o a quién. Aunque el odio es siempre negativo.

Pedro, Juan y Antonio eran el mismo, en distintas edades. No está probado en el orden racional o científico, pero en los mitos nada se prueba.

La belleza del relato es lo que cuenta o la ingeniosidad imaginativa. El hombre pasa por la creencia, la razón y la siembra sin razones.

En el principio del hombre fue la fe, siguió la razón, después hubo razón y fe y terminó en la fe primitiva, en que la única razón es la vuelta a la tierra, pródiga de frutos.

Así el cristianismo me dice que el que se salva, sabe, y el que no se salva, no sabe nada: el estado angustiado del existencialista.

La medida del hombre, cualquiera que sea el signo de su constitución mental, hombre de fe o de razón, es la fecundidad o la obra creadora, para no ser malditos, como en la higuera estéril del Evangelio cristiano.

Todo hombre es fundamentalmente un frustrado y esta frustración nace de que no adoptó la actitud de ser más vida o la creación de sí mismo en beneficio de los otros hombres, que en su propio beneficio.

Es el Evangelio que predicóse en todo tiempo.

Todos los hombres tienen tres palancas vitales que los mueven a la acción: la vanidad, el amor y las necesidades materiales.

Las tres actitudes se realizan con limitaciones: es una balanza en que el platillo positivo es anulado o desnivelado por el otro platillo negativo. Sólo los hombres que son más vida, han logrado salvar la frustración fundamental de toda naturaleza humana.

Y que podría ser expresado en el clamor de todo hombre sufriente: sufre por el hecho de ser hombre.

#### *Pedro, el hombre de fe.*

Pedro, el obispo, actúa en su catedral. Ser obispo es la actitud más difícil, porque ha de conciliar, o tratar al menos, de conciliar las leyes divinas con la debilidad de ser hombre. Y el obispo ha de ser un hombre ejemplar, el poder moderador entre la exigencia de la verdad teórica y la realidad imperfecta de la naturaleza humana.

Entre el obispo y el hombre en general se establece el siguiente diálogo:

El hombre.—Mi creencia está diluida en patética, en el sufrimiento de todas las horas, porque siempre deseamos la perfección o el anhelo de las ambiciones y nunca lo logramos; en nosotros existe siempre un Cristo sufriente, a cuya cruz vivimos todos crucificados.

El obispo.—Yo sufro porque no conozco a Dios en su infinita plenitud, lo siento en lo más hondo de mi corazón, pero mi razón no me da más luz que la suministrada por mi fe.

El hombre.—Mi creencia está diluida en vida creadora y la suya, señor obispo, está diluida en teología.

El obispo.—Mi vida está diluida entre teología y patética. Me identifico con Dios, con usted y conmigo. Los obispos también somos hombres y en esa trilogía está mi sufrimiento.

El hombre.—Su conocimiento teórico de las leyes divinas, ¿cómo le permite resolver las dificultades humanas?

El obispo.—El conocimiento teórico de Dios es en gran parte el conocimiento del hombre.

El hombre.—Los hombres tienen urgentes necesidades físicas. Así, entre otras, el amor, la nutrición, el vestido, la vivienda cómoda y soleada, el derecho a la cultura. ¿Cuál es la doctrina social de la Iglesia frente al comunismo, que dice haber resuelto esas indigencias humanas?

El obispo.—Una minoría privilegiada no debe hacer el sacrificio de la mayoría. Pero piense que cada hombre solamente debe tener lo que merezca. Dar nutrición y cultura a la mayoría es obligatorio. Pero también hemos de salvar las grandes virtudes de las minorías. No hundir las minorías para salvar a las mayorías. La creación de un técnico, de un hombre de ciencia o de un artista, no se salva porque la mayoría domine. Y esta salvación es fundamental para el progreso efectivo del hombre, en el orden de la materia y del espíritu.

El hombre.—El comunismo ruso lo ha conseguido con su revolución y la implantación progresiva del socialismo.

El obispo.—El comunismo ruso ha sido el triunfo del hombre masa. No existe un poema, una sinfonía ni una novela que haya continuado la gran tradición rusa. Por eso en Rusia se ha rectificado, creando minorías en las mayorías, aunque haya sido en el orden técnico.

No importa llegar a la Luna, si no hemos llegado a descubrir al hombre.

El realismo socialista es la aceptación de la limitación humana. ¿Por qué contentarse con el dominio de la dimensión técnica y renunciar a todas las inmensas posibilidades del espíritu o de la inteligencia?

El hombre.—La humanidad necesita de esa dimensión técnica y del dominio de la materia.

El obispo.—¿Por qué no superar esta dimensión técnica y aceptar todas las dimensiones, o la armonía del capitalismo y del socialismo, en un nuevo sistema cooperativista, mezcla de la iniciativa privada y de colaboración de los conjuntos humanos?

El hombre.—No puede eliminar al hombre, ciertamente, en nombre de las jerarquías, sino dar oportunidades iguales a todos los hombres para la creación de nuevas jerarquías. El menos dotado, como la idea del fuerte frente al débil, debe sustituirse por la ayuda del fuerte para el débil y para que éste tenga la oportunidad de ser fuerte. Pero los mejores siempre se imponen, por una exigencia de su propia naturaleza, lo mismo que el aceite flota siempre sobre el agua. Permitir lo contrario sería una tiranía contra la ley natural.

Pero el obispo ha de enfrentarse a problemas de naturaleza subjetiva, mucho más difíciles de resolver que los sociales o los objetivos. El hombre está lleno de complejidad del espíritu.

#### *El amor de María.*

El obispo tenía un doble juvenil, como lo tienen los otros obispos o lo albergan los hombres en general. Ese doble es el demonio que los hombres llevamos, como Sócrates el hombre ejemplar y con ese yo actuaba un doble en su personalidad.

Pedro la conoció en un jardín público, donde se había instalado una pista de baile, animada con orquesta de violines y un cantante de melodías americanas. El estío era muy caluroso. Allí concurrían gentes frívolas, con mentalidad hueca y esa elegancia postiza de las clases medias inadaptadas.

Pedro era joven, aunque agobiado de preocupaciones. Su familia era pobre y estudiaba en una Universidad americana con los propios recursos que le daba un trabajo de traductor.

Pedro se sentaba solo con frecuencia, buscando rincones poco iluminados. Algunas noches encontraba solaz en ese entretenimiento de la juventud. Se limitaba a observar a los que bailaban y escuchaba la música; un cantante antillano animaba con su voz melodiosa, de suaves nostalgias por lejanías australes, acompañado del ukelele o cantando sonos y danzones cubanos. Otras veces se acompañaba de contorsiones expresivas, indolente, sensual, con mímica intencionada, salpicada de picardías en el lenguaje.

Le gustaba encontrarse a solas, absorto en su pensamiento y no bailaba.

A veces, les gusta a los seres humanos estar solos y otras en compañía. Es la exigencia de una dualidad de la especie, escindida en la madrugada bíblica, buscando juntarse o individualizarse.

Algunas mujeres lo acompañaban otros momentos, de las que buscan plan amoroso con un hombre, aparentando cierto recato social; bebían y fumaban en su compañía. Pedro estaba contento; la conversación de aquellas mujeres le resultaba agradable durante unas horas, por sus temas frívolos, en contraste con sus inquietudes de saber intelectual. Pedro resultaba un hombre enigmático y hasta creo que en alguna ocasión sospechaban sus acompañantes que no le gustaban las mujeres.

A Pedro no le importaban sus posibles opiniones, ni les daba demasiadas explicaciones a sus repetidas preguntas.

No podían comprender aquellas gentes por qué un hombre joven buscara la soledad, sin bailar y con la apariencia de tener dinero, que no fuese su cliente.

Pero una noche, llegó una señorita de unos veinticinco años, con boina de tipo mediterráneo, un traje de gamuza, el saco con grandes bolsillos y una cartera de piel de gran tamaño. Usaba zapatos bajos, de suela gruesa y se sentó sola junto a una mesa. Tal vez no conocía a nadie o más bien rehusaba la compañía, lo mismo que Pedro.

Aquella actitud de soledad, en una mujer joven y hermosa, le llamó la atención a Pedro. Sin duda era europea. Muchos jóvenes de Europa llegan a las Universidades norteamericanas. El mundo fácil y fascinante de América les llama la atención, aprender el inglés vivo y no académico y piensan que Estados Unidos puede ser su gran oportunidad en el orden amoroso y social.

La joven se mostraba ajena a la música y al baile. Sacó papel de la cartera y una estilográfica, poniéndose a escribir. Pedro se intrigó: ¿por qué había elegido para escribir aquel lugar?

Pedro llamó al mesero y le rogó que dijese a aquella señorita lo mucho que le gustaría conocerla. Ella accedió con una sonrisa en la distancia y se juntaron. Le dijo que era europea, de un país mediterráneo. Tal vez fuese Grecia, Italia, España o Francia. No quiso decir su origen concreto. Hablaba un inglés perfecto.

Bailaron juntos varias veces. Vino a Estados Unidos para estudiar en los archivos de la Universidad de Harvard ciertos detalles de la cultura histórica de Islam. Resultaba llamativo que una muchacha tan linda estudiase Historia en los archivos, entre legajos o manuscritos difíciles, cuando su juventud debía llamarla a entretenimientos frívolos.

Y daba preferencia en la conversación a los temas arábigos o africanos. Dijo que dominaba el árabe clásico y el vulgar.

Este tipo de mujer europea creaba un nuevo estilo de actitud vital, responsable de sus actos, liberada de ciertas inhibiciones de la mujer en el pasado y que sin duda era el resultado de la relación frecuente con la vida y la cultura norteamericana, especialmente por el influjo del cine de Hollywood.

Gustaron rápidamente de una conversación franca, espontánea, como dos camaradas de estudios y se hicieron buenos amigos.

Llegó la madrugada y se fueron del baile. Siguieron hablando con entusiasmo, dentro del automóvil que Pedro manejaba y llegaron al Hotel donde ella se alojaba. Dijo llamarse María. Este nombre corresponde a la Biblia. Son muchas las mujeres que tienen el privilegio de haber adoptado este nombre.

Al día siguiente se verían; estaban cerca de la costa y querían gozar de las playas desiertas, de bosques silvestres y de arenas no holladas.

El coche tenía una avería y tuvieron necesidad de marcharse en un au-

tobús de servicio público. Llegados a la playa, caminaron bastante para alejarse de la vecindad humana. Se detuvieron ya muy sudorosos en un paraje de arenas doradas, entre pinos chaparros de troncos retorcidos, corcovados, adelfas floridas, magueyes y lirios silvestres. Se quitaron la ropa y se pusieron trajes de baño. María se volvió de espaldas para no ver a Pedro desnudo y éste hizo lo mismo.

Se metieron en el mar y nadaron como media hora. El agua estaba tranquila, con ligeras ondulaciones del oleaje, que más bien al rozar con sus cuerpos parecía una caricia de la naturaleza. Leves nubecillas blancas daban un tono de armonía al fondo azul de los cielos. El ambiente estaba en una tibia calma de primavera y la caliginosidad creciente del día inundaba de voluptuosidad ardorosa las piedras, las plantas y los seres todos de la naturaleza.

Regresaron a su lugar arenoso, donde estaban depositadas las ropas, para gozar ahora del baño solar. Tumbados con cierta indolencia siguieron hablando lentamente sobre diversos tópicos, en un regusto de la conversación. Pedro veía a María tumbada, junto a él, casi desnuda y le costaba un gran esfuerzo sustraerse a la pasión erótica. Pero no le parecía oportuno manifestarle sus deseos; otros eran los temas y ella se mantenía tranquila, con una serenidad, que en lugar de calmar, perturbaba los nervios. Sus labios sensuales, con brillos de luz solar, pedían el beso y con el beso la entrega al placer. Pedro pensó que era mejor esperar, que hablasen, que él mismo descubriese en ella los mismos deseos. Pero una idea morbosa cabrilleaba en su cerebro; ¿no habría elegido ella aquel lugar desierto para ser suya, sin testigos?

También se decía que pudo elegir aquel lugar por el encanto poético de la naturaleza, donde la arena que pisaban era virginal de huellas humanas en mucho tiempo.

Tuvo tentaciones de abordarla, pero se contenía por estimarlo peligroso y podría perder su amistad en un momento.

María hablaba de su viaje a Estados Unidos y del Paquistán, a donde iría después. Dijo que el pretexto de su viaje a Estados Unidos nacía del amor. Y que por este amor adquirió este denuedo intelectual por la cultura musulmana. En Nueva York había conocido a un joven paquistaní que estudiaba Medicina y terminada su carrera ejercía en Karachi. Se hicieron novios entonces y quisieron casarse, pero los padres de María no accedían a este casamiento. El novio se había de convertir al catolicismo y él no aceptaba el cambio de religión.

María pertenecía a la aristocracia europea, venida a menos por las transformaciones sociales de la evolución de la burguesía industrial y comercial. El catolicismo era la religión de la familia.

María había adquirido otras ideas y mantenía una lucha dolorosa consigo

misma. Existía esta pugna: de una parte, el deber filial en una familia de acendradas tradiciones y de otra su amor a Mulhacén, que así se llamaba el novio musulmán.

El objeto de su viaje actual era acercarse a su novio, vivir cierto tiempo en su compañía y de sus familiares y resolver este angustioso dilema; o renunciar a sus padres, para casarse con Mulhacén, o prescindir de Mulhacén.

María era una mujer inteligente. Pertenecía a una clase cerrada, con prejuicios de casta y comprendía que la aristocracia no tenía razón de ser, como fue en el pasado, y este criterio, aseguraba, lo mantenían algunas familias de linaje, casando a las hijas y a los hijos con partidos de la burguesía industrial e intelectuales, unos por salvarse de la ruina y otros por mejorar la raza. Los que seguían la tradición, tenían hijos cretinos, indolentes e incapaces. Los padres de María aceptaban esta realidad, pero no transigían con la pérdida de la religión cristiana.

La conversación de Pedro y María duró varias horas. Cuando María hablaba de su novio, del que decía estar tan enamorada, se calmaba Pedro en sus deseos. La indiferencia en la mujer nos aleja unas veces del deseo y otras nos incita más. Pedro pedía inhibición a su voluntad y lo conseguía con grandes esfuerzos. María atraía por su sensualidad animal y una rara seducción por su inteligencia y sensibilidad. Producto típico de la sociedad europea, refinada como su civilización, en la que se adivinaban los goces más exquisitos y la embriaguez del pecado.

Comenzaba a declinar el día y se hizo de noche en el bosque. Ya no encontraron autobús. Para regresar a la ciudad cercana, recorrieron varios kilómetros a pie hasta un poblado donde podían tomar un taxímetro. Caminaban por el bosque y no por el camino, a la orilla de la playa y por deseos de María. Primero iban separados, pero María se cayó en un hoyo, sin lastimarse. Pedro le ayudó con sus manos y salió en sus brazos. Entonces María se colgó del brazo derecho de Pedro y éste oía su corazón, sentía su sudor que le mojaba y adivinaba su cuerpo maravilloso, con un tacto casi directo de la piel por la ligereza del vestido.

Descansaron varias veces. Soplaban un viento muy fuerte, que les impedía caminar, y la noche no alumbraba la luna y las estrellas. Ella apoyaba su cabeza o su cuerpo en los brazos de Pedro, o en su cuerpo, y no lo pudo evitar; le acarició los cabellos y juntó sus mejillas con las suyas; ella se dejaba acariciar con toda inocencia. Pedro, para contenerse, le rogaba que siguieran caminando. Pensaba que se haría muy tarde. No quería caer en la debilidad. María debía quererle como un hermano, lo mismo que si se hubiesen conocido siempre. Pedro temblaba a veces. Los deseos destrozaban sus nervios... Es posible que María no advirtiese su ansiedad, ¿o es que con su

aspecto inocente, se complacía en secreto, de ver los deseos despertados en un hombre? ¿O es que ella misma esperaba ser requerida? La timidez de su indigenismo americano le creaba estos sufrimientos.

Llegaron a la ciudad y María se quedó en el Hotel donde se alojaba. Al día siguiente se marchaba para recorrer algunas ciudades mexicanas y centroamericanas. De todos los lugares escribiría, como así lo hizo y mandaba fotografías.

La noche que María había de marcharse, Pedro no pudo dormir. Estaba obsesionado con su presencia reciente. Recordaba el idilio de unos pájaros en la tarde, picoteándose y volando de un lugar a otro, o los relinchos de un caballo en celo, al paso de una yegua en la distancia, mientras él se desesperaba de erotismo.

María escribió después de varios meses de silencio desde Europa. Fue a su país para asistir a la boda de una hermana más joven. Siempre hablaba de Mulhacén; decía que le obsesionaba su recuerdo y padecía de insomnios. Pedía una vez más consejo de Pedro. Decía considerarlo como un hermano bueno e inteligente y que tuviese en cuenta sus circunstancias para el consejo.

Había acordado con Mulhacén un año de separación, para probar si en este año se podían acostumar el uno sin el otro y rehacer sus vidas independientes. Pero esta ausencia de su novio la había enflaquecido; tenía fiebre casi todos los días y tuvo ataque de bilis. El hígado se le había enfermado por el sufrimiento.

En una carta expresaba que sin Mulhacén llegaría al suicidio. Y el consejo de Pedro fue como sigue: podía intentar la sustitución de Mulhacén por otro hombre, y si este intento fracasaba, que se dejase llevar de su corazón. El obispo Pedro estaba presente en las distintas apariciones humanas que el pensamiento podría formar. Le dolía que María no fuese feliz. ¡Era tan bella y seductora! Nunca fue suya en el orden amoroso. Y pensaba para consolarse: el deseo o la pasión, una vez lograda, puede producirnos cansancio o desilusión. Después de aquella respuesta nada supo de María...

¿Buscaría en el suicidio la solución de su vida? Mejor vale ignorarlo...

*Soy un vagabundo.*

Vemos a un hombre que camina despacio por un camino silvestre. Árboles gigantes cubren de sombras la tierra; los hierbazales crujen con la presión de las botas del vagabundo. Lleva la barba crecida, abundante y descuidada. Sobre la espalda lleva una bolsa, sostenida por una soga y sujeta delante con la mano derecha. El vagabundo puede tumbarse sobre el césped de los praderíos, gozando

de las umbrías en los días calurosos o del sol caliente en los días fríos. O mirar las estrellas en las noches perfumadas, lejos del ruido en las ciudades.

¿Quién es este vagabundo? Cualquiera puede haber sido o puede desearle o soñarlo en alguna ocasión... También el obispo Pedro fue vagabundo. ¿Por qué no?

Va pensando en la belleza de ser libre y dice: Mis padres me llamaron Elías y así fue bautizado. Pero varias personas viven en mí, tantas como ideas del hombre voy encontrando en mi peregrinar. Pero como todo hombre necesita un nombre para ser conocido o llamado, Elías será mi nombre.

Ha llegado a una pequeña ciudad. Tiene hambre y quisiera comer. Unos le dan comida, otros le dan dinero. En la plaza central de la ciudad ha encontrado junto al atrio de la Iglesia, varios perros vagabundos. Están flacos, huesudos, de afilados hocicos por el hambre... ¿Cómo llegaron a esa miseria y abandono? Recordaba que cuando murió su padre, habían abandonado un perro precioso; quedó al cuidado de un antiguo administrador de la hacienda, pero este hombre era un bribón; ponía en la cuenta de su administración la comida del perro y nunca le daba ni un mendrugo y vivía solamente de la escasa caridad de los hombres para los animales desvalidos.

Cuando vio al perro que le había acompañado en tantas horas de infancia y asociaba el recuerdo con sus familiares y amigos, sintió la necesidad del lloro. Le dio de comer todo lo que quiso, pero ya estaba viejo y desacomunado y de tanto hartazgo falleció.

Con el poco dinero que había recogido de las gentes caritativas, compró varios panes y los repartió a los perros vagabundos. El cielo tomó una luz brillante y los canes le lamían las manos, en aullidos cortos, de una ternura que se diría humana.

Elías sentóse junto a un asiento de piedra, en el atrio de la Iglesia. Los perros le rodeaban, uno sentado a horcajadas sobre la pierna derecha y otro en la pierna izquierda; los otros olfateaban su presencia y pujaban por estar lo más cerca de su benefactor.

¿Cuáles eran los orígenes de este vagabundo? Varios podían ser los orígenes. Cualquiera que pueda ser el origen de todo vagabundo, podría darse cita en el nuestro.

Recordaba que de niño había sido llevado a la casa de una anciana. La casa era muy grande, casi señorial. Muchas habitaciones llenas de polvo y de arcones viejos, donde hallaba, sin los terrores que otros niños sienten por las salas oscuras, multitud de ratones que pasaban chillando entre los muebles. Había observado que estos roedores horadaban los muros de una casa a otra, buscando papeles o ropas que devorar. El polvo amontonado y los

menudos granitos de tierra o de piedra; señalaban que los ratones eran excelentes mineros, sin necesidad de palas y picos.

En alguna ocasión pudo observarlos desde una ventana cómo se habían dado cita en el suelo de una alcoba oscura, donde se guardaban tinajas de aceite y tajadas de puerco; corrían de un lugar a otro desordenadamente, como tropel o ejército sin orden militar ni jerarquía. Los pelambres eran de colores diferentes, desde el pardo oscuro, el rojizo, el negro o el canoso. Los que tenían este color blanquizco eran de mayor tamaño. Sin duda pertenecían a las viejas generaciones.

Un invierno estuvo cerrado el Juzgado y el Registro de la Propiedad en el pueblo donde estaba acogido por la anciana. El juez y el registrador habían muerto y las vacantes no habían sido cubiertas; los empleados eran labradores que alternaban la pluma de escribientes con el arado.

Llegaron en la primavera los nuevos funcionarios de la ley para tomar posesión de sus destinos. Al penetrar en el recinto encontraron con estupor que no había un documento ni un papel sano del archivo; los ratones los habían devorado totalmente y solamente quedaban los huecos vacíos de los estantes o de los cajones.

Al hacer esta evocación, Elías pensó: toda vida es un fracaso; nunca llegamos a lo que nos proponemos y cuando creemos que llegamos, nos sorprende la desilusión, acaso la muerte. Y la muerte nos lleva nuestro metabolismo animal. Por eso voy de un lugar a otro. Lo que únicamente tiene valor en nuestras vidas es lo que hacemos por los demás. Bien sean hombres o animales. El movimiento nos diferencia de las plantas y el espíritu de los animales. Alguien le dijo que debió casarse; no viviría en soledad. Recordaba que un viejo astrónomo, que conoció en una ciudad europea, le había explicado que a él, soltero irreductible, le habían dicho lo mismo y contestó: si estuviera casado, me dicen, que mi mujer me lavaría la ropa y me la plancharía y yo digo: al principio sería así, pero después no solamente me lavaría yo mi ropa y me la plancharía como hago ahora, sino que lavaría y plancharía también la de ella.

El vagabundo comprende que en la historia perduran las biografías de los triunfadores, de los genios reconocidos. Yo no soy triunfador ni genio como no sea el triunfo sobre sí mismo. Se aferra a su vida interior, que es lo que más le pertenece en su solipsismo alucinante, viviendo de su propia substancia espiritual.

La mayoría de las gentes son como niños que se debaten tras simbólicos juguetes. Después de una ilusión desvanecida, surge otra, como el falso espejuelo de los oasis en los desiertos, sin llegar nunca a la fuente donde saciar la sed.

La vida del hombre es como una luz que se extingue y nadie recuerda. Y recordarla, ¿para qué? Si tuviéramos la seguridad de la eternidad del yo personal, tal vez valdría la pena. Pero pasamos de la vida a la muerte y nada sabemos. Dios solamente nos ha legado el misterio. Si alguien después de muerto hubiese regresado, podríamos saber. Pero el muerto está muerto para siempre, al menos en la conciencia de los hombres futuros.

Elías recordaba a su familia. Su padre había logrado una fortuna considerable y poseía muchos millones, pero no ganados por él, sino por su abuelo. El padre quería que su hijo continuase sus negocios. Pero no fue así.

Era hijo único y de carácter díscolo, caprichoso, imaginativo. Dos veces se escapó del Colegio donde estaba interno y apareció en casa de sus padres. En vez de estudiar la ciencia económica, estudiaba pintura en talleres de pintores famosos.

Residía en un departamento lujoso, donde recibía distintas clases de mujeres, dando lugar a reuniones crapulosas. Rompió con su padre, pasando a veces penurias de dinero. No pudo pagar su departamento y dormía en los bancos de los restaurantes, donde le daban las sobras de la comida o en modestos hoteluchos. Pero el padre, cuando le hallaba, le salvaba siempre de la miseria.

El padre de Elías vivió muchos años viajando por Europa. En Italia conoció a Magda, que era de fina sensibilidad para la música y la danza y fueron novios. Se conocieron en Milán, cuando ella daba un concierto de piano.

Magda sufría una hipersensibilidad extraña, con frecuentes ataques neuróticos que le producían desmayos. La belleza de su alma era pareja con la belleza de su cuerpo, languideciente, de rara femineidad, atractivo y sensual; era una mujer irresistible, seductora; su palabra parecía música y una tentación demoníaca su cuerpo.

Llevaron un noviazgo corto y se casaron. A la ceremonia nupcial asistieron escritores y críticos de arte. Varias orquestas de música de cámara y violines solistas, de fama internacional, animaban la boda, el banquete y baile. Una gran representación de la burguesía industrial y comercial estaba presente.

De aquellos amores nació Elías, que ahora conocemos como vagabundo. A los cuatro años de edad, murió su abuelo. Casi no lo recordaba. La inmensa fortuna pasó a manos de su padre y el niño fue internado en un Colegio.

Los padres venían a verlo de tarde en tarde. Lo besaban y respondía a sus besos, como un niño seriecito, a quien aquella ternura oficial no conmovía.

Hubiera preferido otros padres más sencillos, con menos preocupaciones por las obras del espíritu y más por la obra de su carne. Elías, en su soledad de niño y cuando más se hacía mayorcito, sollozaba muchas veces, y entre lágrimas y soliloquios tristes, se iba forjando su alma. Los acontecimientos del mundo, que para los demás constituyen pasiones dominantes, lo dejaban indiferente, adoptando una actitud serena, del que ya conoce la vida y nada puede sorprenderle.

Supo después que sus padres daban muchas fiestas y viajaban por todo el mundo.

Nunca pudo saber las causas. La madre abandonó al padre, marchándose con un violinista ruso. Varios años viajaron por América, dando juntos conciertos. Y en varias ciudades les hicieron homenajes oficiales.

El padre de Elías ya no veía a su hijo. Las bacanales y el juego consumían todas sus horas. Volvió a renacer el hombre de vida irresponsable que había sido, viviendo su padre. No pintaba, limitándose a gozar de los sentidos, en frenesí concupiscente, arruinando su salud. Los billetes del Banco se le marchaban de las manos, como si el viento los aventase, perdidos en el juego y las borracheras.

Un ataque cardíaco paralizó su corazón y acabó con su vida.

Había gastado todos los millones de su padre.

Elías recordaba la casa de sus padres como algo muy lejano, entre cuadros y objetos de arte, papeles de música, salones lujosos, gentes elegantes y pintorescas. Y todo le parecía frío, extraño, ajeno a su intimidad. Podía decir como en la tragedia de Job: desnudo nací del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. Consideraba su destino como un árbol sin hojas en el otoño y que jamás tuvo primavera.

Una anciana sirvienta de su abuela, que había heredado una casona y algunas tierras de labranza en un pueblo de campesinos, le sacó del Colegio; quería agradecer al abuelo la gracia de su legado. Muchos años había servido fielmente a la familia.

No tenía dinero para pagar el internado y la educación que recibía y lo llevó a otro más modesto. Elías tenía entonces once años. Reía pocas veces. Como intuyendo su destino, lloraba en el silencio de muchas noches, mirando la inmensidad del cielo estrellado, o al despertar en los amaneceres, a las primeras luces del alba. Un niño estaba inerme para ganarse la vida y defenderse de malas gentes.

No tenía padres, ni había tenido hermanos. Al hablarle de la necesidad de aprender, de instruirse en la ciencia de los libros, solía decir en su intimidad; toda la ciencia conozco; poseo intuición y sentimiento; lo que los hombres pueden enseñarme, yo lo aprendí con dolor. Ni siquiera los jugue-



tes, que otros niños piden con ilusión, a él lo dejaban indiferente. Ya había nacido viejo y las experiencias de la infancia las había trascendido sin dejar de ser niño.

El director del nuevo Colegio aparentaba unos sesenta años. La figura de aquel dómine ha quedado bien firme en el recuerdo de Elías, como si ahora la viere; usaba bigotes largos, calados, en rameado enlace con las barbas, cubriéndole de pelo los labios; esta espesura vellosa se manchaba de grasa, de leche o de migas desperdigadas, después de las comidas. El atuendo consistía en un traje oscuro, muy viejo, mostrando brillos de tanto roce en todas partes, especialmente en los codos y nalgas, así como grandes bolsas, formadas en las rodillas de los pantalones.

Los cuellos de la camisa eran almidonados y rígidos y tomaban un color amarillo oscuro, de sudores acumulados. Los zapatos negros, de alta abotonadura y lustre apagado, por la mala calidad de las grasas, la corbata de rayas oscuras, sobre plastrón terso ya había adquirido un color parduzco, deshilachado, como piel de ratón hambriento, denunciando los muchos años de uso. La caspa llenaba las hombreras del saco y se veían en el traje agujeros de quemaduras por las chispas del cigarro.

El maestro conservaba, sin embargo, el empaque de un señor decoroso, aunque pobre, como los hidalgos de la picaresca castellana.

El maestro se llamaba Don Miguel. Colaboraba con el maestro su hijo, llamado también Don Miguel, el que parecía no estar muy bien con su padre. Además de su vagancia habitual, se había casado con la sirvienta, mujer zafia, con la que tenía tres niños, siempre sucios y babosos y a los que ayudaba el abuelo. Nada tenían de edificantes las frecuentes discusiones entre padre e hijo.

Se llamaba el Colegio de los "Don Migueles", aunque no fuese el verdadero nombre oficial. Los gustos y la educación de los niños que venían a las clases eran diferentes de los que había conocido antes. Todos se hacían ecos de las conversaciones oídas en las calles, en sus casas o a las gentes grandes y se complacían precozmente en lenguajes obscenos o de groserías blasfemas. Eran dados a las pendencias y raro era el día que no hubiesen golpes, brotando la sangre de la boca de los contendientes o de las escalabraduras de la cabeza. Pero al día siguiente se volvían a encontrar, sin guardar resentimiento.

Al viejo Don Miguel le quedaba escaso pelo en la cabeza, mostrando su calvicie, con reflejos azulencos y amarillos por los focos eléctricos. Si estaba cubierto, lo hacía con un viejo sombrero, lleno de sudores y que había comprado en los años felices de su casamiento. Actualmente había enviudado y

conservaba varios retratos de su mujer, a la que consideraba la más bella de la sociedad de aquel tiempo.

Algunos le llamaban "zapatones" por sus grandes pies y el adecuado tamaño de sus botas. Conservaba un viejo piano donde se ejercitaba en viejas canciones, aprendidas en su juventud, con buena entonación, pero con muy mala voz. Enseñaba también música y había formado coros entre los escolares de mejores voces. Decía que llevaba cuarenta años enseñando letras, números y música.

La enseñanza de los "Don Migueles" consistía en copiar cuadernillos, con modelos de escritura o manuscritos. Entre el padre y el hijo se repartían un centenar de chicos, de diversas edades mentales y de instrucción, sin posibilidad de formar pequeños grupos homogéneos, por la falta de más instructores. Pocos días se hacía lectura, aprendiendo las lecciones de memoria, en unos mamotretos didácticos que llamaban enciclopedias.

En la clase contigua, leían en alta voz colectiva, los niños de cartillas y cartones, dirigidos por Don Miguel, hijo, con un sonsonete monótono y fatigante, o cantaban la tabla de multiplicar.

Como nadie pedía cuentas a nadie, bastaba simular que se escribía, para que Don Miguel, sentado en el sillón de su mesa profesoral, no gritara o llamara con el nombre o apellido de los alumnos. En caso de enfado, la voz del maestro era más bien gruñidos o gritos irascibles, capaces de encoger el ombligo del niño más valiente. Elías simulaba escribir, como lo hacían la mayoría y aprovechaba este tiempo para pensar. Le gustaba pensar y observar el vuelo de las moscas. Allí se sentía prisionero, como en una cárcel de horror y de tedio. El vuelo de las moscas le hacía soñar en la libertad. Ellas no soportaban la escuela y eran libres para volar de un lugar para otro. Miraba también a través de los cristales de los balcones. ¡Qué felicidad andar libremente por la calle y ser un hombre, sin las ligaduras que a un niño impone la barbarie de los mayores!

Había olvidado lo que aprendió en su primer Colegio. Pero aprendió otras enseñanzas interesantes, que de no vivirlas, hubiera sido difícil conocerlas. Así, los niños traviesos y camorristas, a los que Don Miguel llamaba con insistencia y los castigaba. O niños estudiosos, que tenían virtudes individuales en alguna rama del saber, como aquel que estaba superdotado para las matemáticas y que hacía terribles faltas de ortografía.

Los muchachos hacían porcínadas, como decía Don Miguel, cuidando en todo momento los más cursis y pedantes academismos o purezas gramaticales; se hurgaban las narices, limpiándose los mocos en los baberos o en las aristas de los bancos de clase y se comportaban como puercos, regodeados en las basuras de sus cochineras.

El viejo Don Miguel azotaba a los que realizaban estas porquerías, si eran sorprendidos o delatados. La delación estaba aceptada para garantizar el orden en una clase tan numerosa y daba lugar a venganzas posteriores.

Lo mismo sucedía con los que no sabían la lección, empleando como flagelo una correa ancha cuya sola visión aterraría a otros chicos de más sensibilidad, pero aquéllos daban gritos falsos de dolor y hacían muecas de acusar los golpes, y cuando el viejo dómine se volvía de espaldas, le hacían visajes de burla.

Un día, Elías tuvo una querrela con otro chico, que le golpeaba las espinitas por debajo del banco, aunque él procuraba apartarse de las pendencias y de los niños camorristas, pero en aquella ocasión no pudo evitar el choque; alejaba sus pies para no ser alcanzados por los golpes, pero aquel muchacho bravucón cada vez estaba más envalentonado. Los otros chicos, en casos parecidos, solían delatarse y Don Miguel les golpeaba con la correa. A Elías no le parecía noble delatar a nadie y aguantaba, pero el agresor le lanzó un insulto contra su madre.

Entonces Elías se levantó rápido, como herido por un rayo y con una pequeña navaja que llevaba para hacer punta a los lápices, llenó a su agresor de pinchazos, mordiéndole en la cara y llevando entre sus dientes un trozo de oreja. Sus labios sangraban de las rasgaduras producidas a su ofensor, la acción fue rapidísima; todos sus instintos de niño triste y humillado, acumulados por el tiempo, se despertaron con aquel insolente.

Don Miguel intentó sujetarlo para darle su paliza. Pero el muchacho le mordió en las manos y en las piernas, y con un coraje desconocido corrió a buscar la puerta de la calle, que logró alcanzar, atropellando a todos los que se oponían a su paso, como si un ciclón se hubiera promovido en su alma, ante el estupor de sus compañeros y de Don Miguel, que consideraban a Elías como un muchacho tímido y sin valor.

Don Miguel seguía voceando, con la correa en la mano y los ojos irascibles. El niño herido fue llevado al hospital y Elías a un Tribunal de Menores, donde estuvo un mes detenido.

El vagabundo pasaba así por distintas experiencias: en cualquiera de las situaciones que un joven de ese tiempo, abandonado, pudiera encontrarse, el lector puede imaginar una situación parecida a nuestro personaje.

Elías tenía catorce años y ya no volvió a la escuela; tuvo necesidad de buscar un oficio o trabajo, en el que se ganase la vida y fuese un hombre.

Un Corredor de fincas logró acomodarlo como escribiente en casa de un Notario.

—El chico está instruido y tiene buena letra, dijo el Corredor al Notario.

—Sí, lo tomaremos. Además de escribir, nos hace falta para recados; pa-

rece un muchacho espabilado; ganará treinta pesos mensuales y puede llegar a ser un buen oficial escribiendo.

Fue el primer dinero ganado. Al transcurrir el primer mes, le dieron los treinta duros de plata. Los puso en sus manos y le pareció una limosna. Cuando estuvo solo, sollozó desesperado.

Elías tenía un grave defecto: su orgullo. Los mínimos detalles que pudieran humillarlo, le producían una amargura honda. Pero había de vivir, entre pícaros y había de convertirse en pícaro. La picardía es el recurso de la pobreza y de los débiles y siendo pobre y débil por su edad, sostenía, para su mal, un orgullo intransigente.

Don Atilano Covarrubias, Notario de una ciudad americana, era un hombre tosco y pueril, aunque de buenas intenciones. Formaba parte con sus ochenta años que tenía cuando le conoció nuestro personaje, de los escasos escribanos supervivientes, sin título de abogado. Su longevidad se debía al haber vivido en una ciudad andina, de más de tres mil metros de altura, y teniendo acostumbrado su corazón a las alturas y a severas costumbres en la alimentación, le permitía mantenerse en un estado de salud envidiable, acumulando años y años sobre sus espaldas, sin que nadie lo advirtiese.

En las paredes del despacho se veían muchos cuadros religiosos sin valor artístico; se trataba de vulgares litografías. Nuestro hombre no era entendido de arte, de leyes, ni de nada. Ya estaba en edad de jubilación o de retiro, aunque él no lo entendía así, pues estaba fuerte como un pastor, firmando sin gafas y ascendiendo y bajando escaleras, si era llamado para hacer testamentos, de lo que gustaba especialmente. Solía decir con cierto orgullo jactancioso: —Soy descendiente de Atahualpa. Nadie puede conmigo.

Hacía estas afirmaciones, porque hubo una intervención del juzgado y del Colegio de Notarios en un asunto sucio en que intervino un abogado de su despacho, dando fe de vida en un testamento, cuando el testador ya estaba muerto y cobrando miles de pesos de los herederos falsos.

El pobre Don Atilano nunca creyó en la felonía de que había sido objeto por su empleado, considerando que sus compañeros del Colegio Notarial querían jubilarlo y habían inventado aquella infamia.

Gracias al Colegio de Notarios, por el prestigio de la profesión, se echó tierra al asunto y los Jueces desestimaron la denuncia.

Si Don Atilano hablaba alguna vez de leyes, decía saberlo todo y comentaba ingenuamente:

—Me sé la ley hipotecaria y el derecho civil por la punta de las narices.

Al frente del despacho tenía a Don Aurelio Fernández, el abogado que intervino en el asunto sucio del testamento. Tenía fama de inmoralidad y de escaso prestigio jurídico. Por un modesto sueldo redactaba escrituras y llevaba

la dirección técnica de los asuntos. Pero el verdadero jefe era Andrés, hijo de un pariente pobre de D. Atilano, recogido hacía veinte años y prohijado; se trataba de un campesino casi analfabeto, instruido en la rutina de los asuntos notariales y hombre espabilado que cobraba las cuentas y se las guardaba, enriqueciéndose a costa de un pariente. No sólo las cuentas grandes, sino las pequeñas; muchas veces le decía a Elías que pidiera dinero a Don Atilano, para comprar papel sellado y las vueltas de cincuenta a setenta y cinco pesos se las quedaba.

Los ojos de Andrés se le llenaban de fulgores húmedos, avarientos, escondiendo las monedas en los bolsillos y decía con un gesto intencionado de picardía:

—Dinero que cojo, dinero que entubo. El dinero no cuesta mucho de ganar; Don Atilano es viejo y no le hace falta, y a mí sí me hace mucha falta.

Los billetes de banco se los gastaba con mujerzuelas y vulgares amigotes.

Por el despacho del Notario desfilaban gentes diversas. Se veían usureros a pacto de reto, agentes de negocios, abogados sin conciencia, entretenidas de categoría. Y junto a esta fauna de malvados, honrados campesinos indígenas, viudas despojadas de sus bienes, o personas honorables, metidas en pleitos ruinosos.

Todos mienten y unos son enemigos de otros, aunque la amable convivencia lo disimule, pensaba Elías; la maldad está en todas partes y el hombre es un tigre, cegado por el deseo de los bienes materiales.

Pensaba en los idealistas del anarquismo y de la revolución, que por sentido de la justicia, deseaban abolir el dinero y la propiedad. Nada hay peor que fomentar el resentimiento por la injusticia y la maldad.

Don Atilano quiso proteger a Elías, pagándole libros y matrículas, y después del trabajo, pudo estudiar bachillerato. Con gran sacrificio logró el título a los tres años, examinándose a título de suficiencia en las convocatorias del año.

Don Atilano vio en Elías una disposición para el estudio, que no pudo lograr de Andrés y quería que fuese abogado.

Elías podía haber acabado esta carrera y hallarse a gusto con un destino brillante. Pero no fue así. Una vez más se encontraba en la encrucijada de la inseguridad.

Don Atilano estaba durmiendo la siesta y Marcelo, un oficial del despacho, de acuerdo con la sirvienta, se aproximó al anciano para vaciarle la cartera, llena de billetes, cobrados aquella mañana. El notario despertó súbitamente y de la fuerte impresión, quiso hablar y no pudo, profiriendo un grito sordo. Se produjo un colapso y falleció.

Por entonces cumplía Elías dieciocho años. Recibió una pequeña heren-

cia de una cantidad hipotecaria que debían a su abuelo, y con ese dinero, que tenía para vivir varios años, se propuso estudiar en la Universidad. Renunció al estudio de las leyes, prefiriendo la filosofía; trataba de buscar explicación a tantos problemas que preocupaban a la humanidad en el orden del espíritu.

Varias veces, agobiado de preocupaciones dormía voluntariamente en los bancos de los paseos, buscando la compañía de los golfos y los mendigos, alegrándose en las madrugadas con el canto de los pájaros y la luz de la mañana, o entregaba el escaso dinero que llevaba encima a las mujerzuelas, sin pedirles nada a cambio.

Se sentía fuera de la sociedad y buscaba la compañía de los que ya estaban fuera.

Odiaba a los que poseían bienes materiales, como una maldición de Dios, que así corrompía a sus almas. Pero al sentirse pobre, se sentía más libre. Recordaba algunas enseñanzas religiosas de la infancia: Dios castiga al rico con la riqueza y al pobre con la pobreza.

Tomaba como propio el dolor del mundo, el frío de los desnudos, la tristeza de la vejez indigente.

Escribió algunos dramas teatrales, pero como el ambiente que le rodeaba era sórdido y de una feroz incomprensión, no era posible divulgarlos. Muchos días no comía bastante, o mejor no comía, y estaba flaco, espigado, marcándose los huesos de sus costillas y de su cara en la que sólo brillaban unos ojos febriles y atentos; su vestuario se componía de un solo traje, que conservaba con limpieza y decoro. Pero lo que más le desmoralizaba eran los zapatos rotos y las corbatas sucias y arrugadas. Prefería ahorrar para comprarse zapatos nuevos que siempre llevaba lustrosos y corbatas de gusto, obligándole a vagar en los atardeceres por las alamedas umbrosas, sin un centavo en el bolsillo.

En las redacciones de los periódicos y revistas, acostumbrados a una literatura adocenada, le rechazaban los originales, alegando que eran temas escabrosos y los lectores se escandalizarían. Sus libros no gustaban en las editoriales, por presentar personajes disociados o locos, cuyo dramatismo no estaba a tono con un público de novelas rosa o de aventura.

Llegó el dinero del abuelo en estas circunstancias. Pasó un año en la facultad de filosofía. Pero su carácter rebelde no entendía bien aquellas especulaciones abstractas, que a su parecer no tenían finalidad práctica. En cierta ocasión se había acercado a un profesor para que le orientase sobre bibliografía filosófica de la cuarta dimensión, y éste le miró indignado, exclamando:

—¡Yo apenas le conozco y no tengo costumbre de entablar diálogos con quien no he tenido trato!

Se trataba de un badulaque, educado en los esquemas de una ciencia intelectual, aprendida en su juventud y poníase en guardia para no aceptar ninguna idea nueva, o alma cristalizada en un pasado inconvencible del saber científico.

La Facultad de Filosofía creaba con frecuencia orates y falsos intelectuales, llenos de pedantería.

Elías conoció a Federico, como uno de esos frutos tipo, falseado por la cultura intelectual. Decía haber inventado un nuevo sistema económico y financiero para resolver los problemas del mundo. Era hombre de corta estatura, nariz afilada y ojos brillantes; la frente algo abombada, con unas manos finas, escuálidas, como de sietemesino; unas gafas doctorales aumentaban el tamaño de su cara. Federico era un muchacho inteligente, que lo mismo pasaba de una actitud intelectual brillante a unas recaídas de niño inofensivo y bobalicón. Esta invención política y financiera decía que Alberto Einstein quería ponerle un prólogo a su genial creación, pero se oponía para no limitarla o desfigurarla con otro pensador diferente. Aseguraba que su invención era el libro máximo del siglo veinte, lo mismo que en el siglo dieciocho fue el Contrato social, de Rousseau, y el siglo diecinueve, El capital de Carlos Marx.

Presentóse al Director de una revista de estudios políticos y económicos, con el propósito de presentarle un plan de organización mundial, al que serían invitados los técnicos de la economía y de la política del mundo entero, para una reunión que Federico presidiría. El Director de la revista no quiso recibirlo y encargó a su secretario particular que aceptase ese plan de Federico. Le rogaron que volviera al cabo de quince días con la seguridad de tener una respuesta.

Pasado ese tiempo, se presentó nuevamente Federico en la Dirección de la revista donde había dejado su plan. Tampoco lo recibió el Director, y el secretario particular le devolvió su escrito. Como Federico inquiriese sobre la opinión del Director, el secretario le contestó en un tono solemne y enfático:

—El señor Director está anonadado, y le ruego que no regrese más por este lugar.

Elías se encontraba en un mundo intelectual que no comprendía o no estaba a tono con su concepto intuitivo del mundo. Había profesores que enseñaban dogmáticamente una ciencia trascendente y se oponían a toda filosofía discrepante, con una casuística académica insoportable. O el profesor positivista, educado en los viejos conceptos del materialismo decimonó-

nico, enseñaba una ciencia de afirmaciones, sin conocer otras conclusiones modernas o antiguas. Ignoraba que todo saber requiere comparación, conocimiento de filosofías o ciencias anteriores y actuales e inteligencia abierta para aceptar una verdad o crearla de nuevo.

Cansado de estos estudios pasó a la Facultad de Medicina; quería conocer la ciencia física y la realidad concreta del hombre y comenzó sus estudios con la mejor disposición de ánimo. Pero allí encontró otro tipo de gentes, muy identificadas con la realidad material y muy poco con la espiritual. Conoció a Rafael, uno de sus compañeros de clase. Se llamaba a sí mismo el lobo estepario. Yo soy una realidad viva, afirmaba, no una ficción literaria, como hiciera Hermann Hesse. Venimos del lodo y vamos al lodo; no hay otra vuelta o finalidad posible. El hombre es más grande por sus pecados que por sus virtudes; lo que llaman virtudes no da la medida exacta del hombre.

El obispo que había en el vagabundo había de escuchar al incrédulo lo mismo que al creyente; toda la fauna del mundo en toda su posible expresión humana.

En aquel tiempo, Elías conoció a una joven llamada Eulalia, con atractivas cualidades femeninas; estudiaba literatura y hacía versos de fuertes pasiones espirituales. Se trataron y se quisieron. Eulalia escribía versos amorosos y cartas apasionantes; en una carta hablaba de la mística amorosa como inspiración, o del inevitable dolor y placer de la posesión entre los dos sexos escindidos en el misterio inicial de la vida. Su corazón ardiente le dictaba las palabras y como en Santa Teresa de Jesús, el verbo se hacía sexo y amor. En toda mujer de clara constitución se adivina siempre la maternidad, aunque no lo sepa; en el varón que ama, encuentra al hombre y al hijo.

Elías recordaba este verso que en alguna ocasión ella había escrito:

*Como flor de llanto y risa  
un niño cruza en la tarde,  
olvidó que tienes espinas  
y una rosa abre su cáliz.*

*Ajena la luna arriba  
ve las sombras apretarse,  
y es mi corazón que queda  
entre luz y sombra, sangre.*

Paseaban a veces por las orillas del mar, en el camino que conducía al faro. Se extasiaban con el rumor del oleaje al chocar contra las rocas, o mi-

raban cómo se perdían en el horizonte los barcos que salían del puerto, y el brillo de las estrellas, en el anochecer, cuando regresaban.

Su imaginación se parecía y sus puntos de coincidencia eran asombrosos. Se llegaron a querer verdaderamente. Elías le propuso casarse y ella aceptó encantada. Pero los padres de Eulalia querían que Elías hubiese acabado su carrera. A los dos les contrarió esta decisión, pero se dispusieron a esperar.

A los dos les gustaba el mar. Fueron muchas veces a las playas, donde los bosques de pinos se habían convertido en selvas de maleza y de arbustos y allí gozaban del sol, del agua y de la soledad más absoluta.

Elías creyó que la felicidad había llegado.

Eulalia contrajo una enfermedad inexplicable y que estaba sin duda en la propia substancia de su naturaleza romántica y soñadora. Su fiebre no bajaba de cuarenta y un grados. Hubo momentos que se tuvo la impresión de la muerte. La boca de Eulalia estaba seca y apenas podía respirar. Una fuerza superior de su espíritu la mantenía; pensaba que no había concluido su misión en la vida, nunca había amado con tanta intensidad como entonces y no podía morir.

Los mejores médicos conocidos de Elías asistían a Eulalia, pero en vano, no podían curarla. Elías se desesperaba y un día que el estado de Eulalia era más grave permaneció en la casa junto a ella. La vida se iba y en las manos ardorosas de Elías notaba las pulsaciones febriles de su gran amor. Y llegó el momento en que Eulalia expiró definitivamente. El estado de Elías fue tan agobiante que ni podía dormir ni comía.

Siguió el entierro cerca de los padres y de los familiares; llevaba en sus brazos un ramo de rosas blancas que depositó sobre la tumba. Y así lo hizo todos los días durante varios meses.

Elías pensó que la ciencia médica no podía curar en ciertos casos a los seres humanos. ¿Para qué estudiar?

Tenía presente en su imaginación la zanja donde dejó sepultada a su amor y el ataúd que había sido depositado en el fondo. Igualmente los asistentes al entierro, con sus trajes oscuros y los sollozos intermitentes. O el sacerdote que recitaba latines y lanzaba gotas de agua con el hisopo. O la agitación de los cipreses, o la caída de las hojas de los árboles, agitados por un viento de otoño. Las nubes tenían colores grises y rojizos, y algunos cuervos y zopilotes en bandas pasaron graznando, agoreros, avorazados de carnes muertas.

Elías se decía a sí mismo: desde la muerte de Eulalia no soy un hombre; vago por el mundo como un fantasma, huyendo de sí mismo, arrastrando mi pasado; soy un muerto de espíritu, aunque mi cuerpo sigue existiendo.

Viajar es la ilusión de que vamos huyendo de la muerte, lo mismo que el movimiento se oculta en los seres que se mueven y así nos engañamos.

En mis viajes me relaciono con otras gentes, dándome la impresión de haber nacido de nuevo. En las gentes que busco son las que tienen una vitalidad vigorosa y sincera en el orden del espíritu. He convivido con varias comunidades indígenas en la geografía americana y aprendí muchas de sus artes mágicas. O he jugado al caliche con los gitanos en varios países europeos, rodeado de su chiquillería haraposa y sus mujeres sucias, que los hombres obligan a procrear como las marranas en las zahurdas; son gentes embrutecidas por la miseria y la vagancia, pero conservan un antiguo y chispeante ingenio que me gusta conocer. El llanto de un niño que nace, el amor de una madre o los jóvenes enamorados, no saben de preceptivas o cuquerías.

Y ahora busco conocer al hombre, porque conociéndolo, me conozco a mí mismo, con el farol simbólico de Diógenes; quiero que mi alma individual se reconozca como parte del alma universal, que mi mente sea cauce de la sabiduría cósmica.

Vemos al vagabundo que va de lugar en lugar, en los diferentes caminos del mundo; la tierra es redonda, y por lo tanto, cualquier dirección que se tome, siguiendo un camino recto, lleva al caminante hasta el mismo lugar de donde partió.

Unas veces se gana la vida ofreciendo al público sus servicios de médico sin título y otras veces mendiga, si ve que nadie necesita de sus servicios, porque su destino es caminar, no estar mucho tiempo en los mismos lugares.

Había llegado a un pueblo tropical, donde se oían los rumores del oleaje, anunciando la cercanía del océano.

Elías conoce a una joven ojigarza, de una juventud inocente y hermosa, como una gacela grácil que atravésase la claridad luminosa y las sombras de los árboles en el bosque. Dijo llamarse Marta. Vino a buscarlo, quería que curase a su madre, una anciana viuda, que estaba en la cama con fiebre.

Elías había logrado curar a la enferma y había comenzado un idilio con la joven Marta; estaba decidido a quedarse en aquel lugar. El amor nos ronda y no sabemos cuándo vamos a ser heridos, lo mismo que el venado, por las flechas del cazador.

Pero en aquellos días llegaron dos señores al pueblecito tropical y vieron en Elías una oportunidad de realizar un gran negocio. Ellos le propusieron poner el capital y Elías únicamente su nombre como socio industrial. Como la idea era generosa y Elías quería establecer su vida con Marta, aceptó y se fue a la capital de la nación.

El negocio consistía en crear una institución comercial para la construc-

ción de edificios. Los clientes aportaban su dinero en entregas parciales, y la institución construía sus casas a crédito. Se montó un gran despacho en una de las calles más céntricas y se hizo propaganda en la prensa, radio y televisión. La institución comercial estaba exclusivamente con el nombre y responsabilidad de Elías, siendo la única persona que oficialmente aparecía. La gran campaña de atracción de clientes aportó grandes cantidades; todo marchaba bien, pero Elías fue madurando una sospecha. Sus socios pedían dinero para gastos iniciales y compra de solares donde habían de construir, pero el dinero era recibido con la responsabilidad de Elías. Un cierto día oyó detrás de una cortina una conversación de sus dos socios. Elías representaba únicamente un papel figurativo, para ser sacrificado en beneficio de estos dos truhanes. Su sentido de honradez no le permitía estafar en gran escala a muchas gentes honestas, ni ser él mismo víctima de la perfidia, acabando con sus huesos en una prisión. Llamó a la policía y escondió a tres agentes detrás de las mismas cortinas. Elías convocó a sus dos socios y públicamente promovió la discusión, afirmando que conocía su trama farsante y que los iba a entregar a la policía. Entonces los socios sacaron sus pistolas y dijeron que allí mismo lo iban a matar si los denunciaba. Podrían en cambio, repartirse los capitales recaudados y con tiempo marcharse al extranjero. Entonces Elías recorrió las cortinas y presentó a los tres policías que habían sido testigos. Los tres agentes llevaban pistolas ametralladoras y dijeron que todas las retiradas estaban cubiertas; les convenía más bien entregarse sin resistencia.

Los dos bandidos se entregaron a la policía y fueron condenados posteriormente por un juez como estafadores. Elías quedó libre y regresó al pueblecito tropical. Pero con dolor de su corazón y en su ausencia de varios meses, Marta se había casado con un joven propietario de tierras.

Comprendió entonces que su destino era caminar, no renunciando al vagabundaje que se había establecido como norte de su vida.

Pudo tener ocasión de ser muy rico, y sin embargo, siguió el camino limpio de la honestidad y pensaba: los hombres extraen el oro de las minas. En el fondo de la tierra y después de ser extraído lo vuelven a enterrar en las arcas subterráneas de los bancos. El oro se ha hecho para brillar, como el sol, lo mismo que la belleza se ha hecho para ser amada o admirada. Los hombres no comprenden que la felicidad no consiste en tener o atesorar y la felicidad de no tener. Por eso soy vagabundo y amo la libertad.

Vemos a Elías caminar por un camino con grandes perspectivas lejanas, entre árboles gigantes y la luz deslumbrante del sol, como si muchas voces en armonía entonasen la gran sinfonía de la naturaleza...

### *Juan o el hombre de razón*

Juan presta sus servicios en una institución de investigación fisiológica y química. Es el hombre de razón. Los hechos objetivos son los que cuentan. Varios son los métodos empleados, los antiguos en lo que tienen de eficaces y los nuevos que han superado los defectos, perfeccionando su poder positivo de captación.

El hombre de razón niega o vuelve la espalda a las realidades subjetivas. La razón crea monstruos, lo mismo que Saturno devoraba a sus hijos, después de haberlos engendrado. Aseguraba Pascal que el corazón tiene sus razones que la razón no conoce. En definitiva, el hombre de razón, ha encarcelado su mundo loco de emociones.

¿Cuáles son las actividades de los hombres de razón y cuál es su destino?

El doctor Batuecas era director de una institución de enseñanza, que había sido fundada con los fondos de una persona filantrópica, ya fallecida.

Un Patronato administraba esos fondos. Había sido instituida para acoger a niños huérfanos o para hijos de viudas pobres. El doctor Batuecas dirigía el Colegio y administraba los fondos que le suministraba el Patronato. Era hombre de razón, curado de emociones. Sus alumnos le llamaban Don Gramático y Don Aritmético. Era exigente en las palabras, no cometía faltas de ortografía, cuidaba la sintaxis, como un relojero cuida de la buena marcha de sus relojes y los números constituían su fuerte pasión. Medir, contar o calcular le obsesionaban. Una unidad perdida en el cálculo le contrariaba seriamente.

Con crucigramas de los periódicos, que descubría por pasión numérica de hallar cifras o nombres, clasificando a los últimos como si fuesen cifras o nombres, excavándose las mejillas con el puño cerrado o los dedos huesudos, extendidos sobre la mitad de su cara.

Igual administraba el Colegio. Los centavos se perdían en sus bolsas o en sus cuentas bancarias, presentando una contabilidad irreprochable, pero apenas daba de comer a los niños acogidos. Don Batuecas era el domine tiránico, inmovible para la ternura, el sentimiento o los afectos.

Para justificar Don Batuecas la escasa comida que daba a sus alumnos, solía decir: comiendo poco en varios días, se puede comer con mayor gusto una buena comida; hay que ahorrar los jugos del estómago para lanzarlos después como perros de caza contra los alimentos, después de dos o tres semanas de mal comido y la escasez alimenticia es buena para la inteligencia y la salud.

Don Batuecas estaba muy flaco y usaba barbas y bigote; un viejo levitón lleno de manchas y de brillos, unos pantalones con grandes bolsas e igual-

mente brillantes por el uso; unos zapatos negros con puntas, que más bien parecen pardos, como lomo de ratón hambriento y unas manos huesudas y largas, en las que sólo se distinguen el pellejo y los huesos y un corbatón rojo, sobre cuello duro almidonado, amarillento.

Cuando llega un nuevo alumno, traído por persona respetable, suele Don Batuecas decir un discurso, como el que sigue: este Colegio es el primero de la República por su disciplina y buena enseñanza. Aquí se encuentran los alumnos como en su propia casa; comen buenos alimentos, pero no tantos en cantidad que pueda perjudicar el desarrollo de su inteligencia; más bien damos alimentos de calidad, buenos para el cuerpo y para el espíritu. Y como el mucho hablar es verborrea, decimos como el clásico: el hablar es plata y el callar es oro. Y no digo más.

El cocinero es el único gordo de la escuela; vierte agua en dos ollas grandes; cuenta los garbanzos o los frijoles, uno por cada comensal, doce garbanzos o frijoles para los antiguos alumnos y un garbanzo o frijol para Batuecas. Introduce después, para darle sabor al caldo, un trozo de tocino, atado a una cuerda y que al cabo de unos segundos lo saca, cuando cree que ya dejó la substancia o el aroma del tocino, para ser aprovechado en varias ocasiones. Igualmente hace con unos pedazos de carne, metiéndolos en la olla y sacándolos al poco tiempo.

Hay dos criados en el comedor, tan flacos como el silbido y que llevan dos ollas provistas de asas. Van distribuyendo con un cazo aquel caldo agüado y en cada ración flota un garbanzo o un frijol. Dice Batuecas a sus alumnos: nada hay mejor que la olla; todo lo demás es vicio y gula. El doctor Batuecas, después de terminarse el caldo y el garbanzo, saca la lengua como un gato y se lame los bigotes y la barba, diciendo: ¡qué sabroso está este caldo de olla y qué ricos estos garbanzos!

Traen un segundo plato de carne, donde sólo hay huesos y pellejo; al lado de los huesos hay un nabo. Los comensales roen y lamen los huesos, como perros hambrientos. Estiran los pellejos y la carne dura de cabra vieja, con gestos y ademanes exagerados, no fingidos, sino naturales.

Estoy contento de verles comer con tanto gusto, dice Batuecas. Al lado de la carne hay que poner siempre verduras; el nabo es muy alimenticio y es bueno para la inteligencia. No hay carne de guajolote que pueda compararse con el nabo. Alguien dijo que las verduras son para las cabras y el agua para el pez. El agua es buena para el pez y para el hombre; el vino no debe tomarlo ninguna persona decente, porque degenera en borrachera.

Y ahora que han comido, dice Batuecas, salgan ustedes por el patio durante una hora, para que no les haga daño la comida. No olviden ustedes de echar los restos de la comida o los huesos a los gatos del Colegio.

Algún muchacho avisado suele decir en voz baja: con tantos ayunos no hay gato ni perro que viva en esta casa, ni persona; creo que en unos días iremos perdiendo las grasitas y nos quedaremos flacos como el viento.

Pero Batuecas se esconde en su departamento y come entonces las ricas viandas que le trae el cocinero.

Algunos muchachos más espabilados se le escapan por las ventanas durante la noche y solamente quedan en el Colegio los timoratos. Pero Batuecas siempre encuentra justificante ante el Patronato, asegurando que son niños vagabundos, a los que no se les puede retener, como no sea con guardias uniformados. Y nuevos alumnos son sometidos a la misma experiencia, con los mismos resultados.

Faltaba el hombre de fe y de razón y fue Antonio, el labrador. Estaba casado y su mujer no le dio hijos. Pero las semillas sembradas en la tierra le daban abundantes cosechas.

La casa se llenaba de luces y sombras. Faltaban los hijos en el destino del labrador. Y tuvo hijos con otras mujeres. El labrador de estirpe debe ser fecundo, lo mismo que las tierras cultivadas. La mujer era bondadosa y comprendía las razones de su esposo frente a su yerno resultado de madre, aunque ella aparentaba desconocer.

En los dos existía la fe y la razón. Ella creía en su marido, tenía fe en su destino y la razón justificaba a los hijos de su marido con otras mujeres.

Antonio tenía fe en su mujer, lo mismo que tenía fe en sus tierras pródigas, pero a diferencia de éstas la mujer no era pródiga en hijos, pero sí en virtudes.

La razón le hizo ver las conveniencias de los hijos. Un labrador sin hijos no es concebible, lo mismo que una tierra estéril para un labrador de casta.

Sería lo mismo que aceptar las tierras estériles con los brazos cruzados y el labrador debe hacer que las tierras sean fértiles, y si no lo consigue, las abandona y busca nuevas tierras que le den frutos a su esfuerzo.

En el campo no es posible la soledad, cuando el hombre está rodeado de pájaros, de nubes, de tolvaneras y de atardeceres como sueños de amor. Las semillas fecundan el suelo y las mujeres son tentaciones para los frutos del amor.

En el comienzo del mundo, el hombre sembró la tierra y recogió los frutos que le daba liberalmente. O cuidó de los animales en el pastoreo, que le daban leche, carne o lanas. Y la tierra silvestre fue un jardín, el Edén bíblico, y si las tierras estaban sin frutos útiles para el hombre, éste las transformó en un jardín de fertilidad. El hombre botánico y jardinero fue el re-creador de la naturaleza botánica y jardinera.